



*Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Salud
y María Santísima de las Angustias - Los Gitanos -*

Parroquia de Nuestra Señora del Carmen y San Luis Obispo

EXALTACIÓN DE LA SEMANA SANTA XXV Edición

a cargo de:

D. Pedro García Massies



Exaltación de la Semana Santa ***XXV Edición***

Vigésimo quinta edición del Pregón de Semana Santa en la Hermandad de los Gitanos de Madrid.

pronunciado por D. Pedro García Massies

en la Parroquia de Nuestra Señora del Carmen y San Luis Obispo de Madrid
el día 29 de marzo de 2024.

Acto presentando por D. Julio Cabrera Romano

© 2025 *Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Salud y María Santísima de las Angustias - Los Gitanos -*

Parroquia de Nuestra Señora del Carmen y San Luis Obispo

C/ del Carmen, 10 - 28013 - Madrid

T. 635 785 453

E. hermandad@hermandadlosgitanosmadrid.es

www.hermandadlosgitanosmadrid.es



Primera edición: 2025

No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna otra forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Se adquiere mediante donativo para caridad.

ÍNDICE

Dedicatoria.....	Pág. 04
------------------	---------

PREGÓN DE SEMANA SANTA

1. Presentación.....	Pág. 06
2. Agradecimientos.....	Pág. 14
3. Los paralelismos de la fe.....	Pág. 18
4. La metamorfosis de nuestra cofradía.....	Pág. 24
5. Apresados por el Miércoles Santo.....	Pág. 32
6. Ya siempre seréis mi familia.....	Pág. 38

Dedicatoria

Quiero dedicar este Pregón a todos vosotros, a los hermanos y devotos de mi Hermandad de Los Gitanos de Madrid, porque habéis hecho posible en el tiempo, el traslado de la verdadera fe de un pueblo y la pureza de esas esencias nacidas en las viejas tierras del sur, hasta el centro neurálgico de nuestra bendita piel de toro.

Pedro García Massies



CAPÍTULO I

PRESENTACIÓN

*Qué de vueltas da la vida.
Cómo nos mecen los vientos.
Somos meros instrumentos,
antiguas veletas vencidas
que alguien bate desde arriba
emparejando momentos,
a veces, al son de lamentos,
y a veces, al de algarabías.*

*¿Quién me iba a decir a mí
que estaría donde hoy me encuentro.?
En este bendito Templo
del corazón de Madrid,
con vosotros ante mí,
pendientes a los sentimientos
que tallé en el manifiesto
que hoy reposa en vuestro atril.*

*Pero en todo hay un por qué.
Todo está hilado en el tiempo.
Ya que el Divino Hacedor
al regalarme este encuentro,
me demuestra una vez más
como traza a su criterio,
los senderos de la vida
por los que transitaremos.*

*¿Puede ser que un sevillano,
un simple hombre del pueblo
que adora sus tradiciones,
su tierra y todos sus credos,
se sienta un privilegiado
al pregonaros lo vuestro.?
Pues así me siento hoy,
y como os lo digo, lo siento.*

*Conseguí caer en la cuenta
al hurgar en mis recuerdos,
que estoy tan unido a esta tierra
en el transcurso del tiempo,
que hoy, al sentirme acogido
como uno más de los vuestros,
yo me he sentido en Madrid
como en Sevilla me siento.*

*Y quisiera explicar el por qué.
Que esto no parezca el cuento
que desliza el pregonero
agradeciendo el momento.
Que hay mil lazos que nos unen
en un mundo paralelo,
haciendo que estas dos ciudades,
yo las lleve en mis adentros.*

*Esto partió de mi padre,
que al abandonar su pueblo
vino a asentarse a esta Villa
para buscarse el sustento,
y a esperar, que allá en la Gloria,
fijasen su camino recto,
transformando a un hombre joven
en un hombre de provecho.*

*Después, destinado a Sevilla
y nada más pisar su suelo,
se abrazó a sus primaveras,
y sucumbió a nuestros credos,
y ante la tierna mirada
del mirar de un Dios Moreno,
fundió la sangre andaluza
con la de un castellano viejo.*

*Fue bendecida su vida
con dos hijos, qué en el tiempo,
se arroparon a la fe
de una Parroquia del Centro,
donde payos y gitanos
conviven bajo un mismo techo,
brindando lecciones de amor,
y el abrazo entre dos pueblos.*

*Y crecieron aprendiendo
a la sombra y al espejo
de aquel viejo San Román,
de aquella collación del Centro
que dictó desde la cuna
como encontrar el sendero,
a la “bata” más Gitana
y a la tez del Dios Moreno.*

*La vida, siguió su bagaje,
los niños fueron creciendo,
y vivieron su Hermandad,
y aprendieron de los viejos,
y fueron de su Grupo Joven,
acólitos, nazarenos.*

*Incluso tuvieron la dicha
en un periodo concreto,
de ser los pies del Señor
saliendo de costaleros,
para marcar el compás
del andar del sentimiento.*

*Pero llegó un momento en la vida
que, por motivos diversos,
hermanos de nuestra Hermandad
que se criaron con ellos,
por mil causas del destino,
a otros destinos partieron.*

*Y uno de ellos... Madrid,
la ciudad donde hoy me encuentro,
que al igual que en nuestra tierra
los cobijaron sus cielos,
exiliando a este destino
miles de sueños y anhelos.*

*Y todos los que aquí llegasteis
por un elegido destierro,
fuisteis llenando vacíos
con el transcurrir del tiempo.*

*Aprendisteis a amar esta tierra,
a adorar el color de sus cielos,
y a descubrir las esencias
del corazón de este pueblo.*

*Os sentisteis acogidos
desde esos primeros momentos
como uno más de esta Villa,*

*y nunca como forasteros.
Y si en Sevilla paseabais
por ese parque de ensueño
llamado María Luisa,
ahora, paseáis los recuerdos
por el vergel del Retiro
que arraigó en vuestros adentros.*

*Si Giralda o Catedral
eran entornos perfectos
para quedar con amigos
una tarde de paseo,
la Cibeles, o la Almudena,
marcarán vuestros encuentros.*

*Cuando añorabais los arcos
de nuestro puente más viejo,
soñabais que el Puente de Triana
era el Puente de Toledo.*

*Vuestra Casa de la Villa,
Consistorio en otros tiempos,
nuestro Hospital Cinco Llagas,
el actual Parlamento.*

*Soñasteis que el Guadalquivir
vestido de ocaso en invierno,
era el viejo Manzanares
tintado de aromas trianeros.*

*Abonos de la Maestranza
por Las Ventas se suplieron,
reemplazando en los carteles
a Chenel por Curro Romero.*

*Guitarras por organillos,
carruajes por calesas,
vuestro Palacio de Lidia
por nuestro Palacio de Dueñas.*

*Hicisteis paralelismos
de calles y monumentos.
La paz de vuestros Jerónimos,
por la paz de San Lorenzo.*

*Vuestra fe al Medinaceli,
por nuestra fe al Prendimiento.
Viseras de vuestras parpusas
por alas de nuestros sombreros.*

*El charol de vuestros calcos
por la piel de mis botos camperos,
o un bacalao con tomate,
por cocido madrileño.*

*Pero les faltaba algo
que se trajeron con ellos
dentro de sus corazones,
y que lo echaban de menos.*

*Les faltaba el color bronce
del bronce del Dios Moreno,
el gran manantial de salud
de donde beben los nuestros.*

*No encontraban los “sacáis”
del mejor rostro flamenco,
esos que, con una mirada,
destierra angustias del pecho.*

*Pero el viejo San Román
halló un nuevo asentamiento.
Y la Iglesia sevillana
en Madrid arraigó en su suelo.*

*La fe del pueblo gitano
bendijo a los madrileños
con “duquelas” de la niña
con los ojos más morenos,
y el bronce del rostro del Dios
que al teñir de bronce el cielo,
creó el abrazo perfecto
entre “gachós” y flamencos.*

*Y aquellos hombres del sur
que a estas tierras vinieron,
y el alma de los madrileños
de corazón acogieron,
ya no les falta en sus vidas
la herencia que echaban de menos,
al crear esta Hermandad
en la Capital del Reino.*

*Agrupasteis las esencias
de la fe de estos dos pueblos,
donde mitigar angustias
y encontrar salud de nuevo.*

*Que, junto a una cara de bronce,
unida a unos ojos de ensueño,
gitanos y castellanos
con el transcurrir del tiempo,
conseguisteis darle forma
al onceavo mandamiento.*

*Los nacidos en la Villa,
y los llegados de otros fueros,
tallaron en sus corazones
un lema grabado a fuego:
Sevilla, fue nuestra Gloria,
y ahora, Madrid es nuestro Cielo.*



CAPÍTULO II

AGRADECIMIENTOS

Ilustrísimo Señor Vicario.

Reverendo Padre D. Ángel Luis Miralles Sendín, Asistente Eclesiástico para Hermandades y Cofradías de Madrid.

Reverendo Padre D. Ramón López Merino, delegado Episcopal para el Pueblo Gitano.

Reverendo Padre D. Roberto López Montero, director espiritual de esta querida Hermandad de Los Gitanos y párroco de Nuestra Señora del Carmen y San Luis Obispo, y por extensión, al Consejo Pastoral y sus diferentes Grupos Parroquiales.

Dignísimas autoridades religiosas y civiles de la Comunidad de Madrid que nos honráis con vuestra presencia.

Hermano Mayor y Oficiales de la Junta de Gobierno de Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Salud y María Santísima de las Angustias, (Los Gitanos).

Hermanos Mayores y representantes de las diferentes Hermandades, Cofradías y Congregaciones de esta Archidiócesis que se encuentran presentes.

Queridas hermanas y hermanos, familiares y amigos, señoras y señores.

No fue una tarea fácil tomar la determinación de aceptar vuestro cordial ofrecimiento, dada la enorme responsabilidad que entrañaba para mí acometer este trance, al otorgarme el honor de poder abrazar vuestro bendito alfeizar de la palabra, y con ello, la posibilidad de dar reposo sobre sus dignísimas maderas, a todo un torrente de vivencias y recuerdos que quedaron plasmados sobre el blanco de estos folios que, desde la capital de Andalucía han viajado conmigo, rebosados por una enrucijada de sentimientos y experiencias que fueron cosechadas entre los callejones de la Carrera Oficial de mi vida.

En escasos instantes, todos estos, quedarán expuestos al rubor de su desnudez ante vosotros, con la única pretensión de poder perpetuarlos, intentando no empañar en exceso la brillantez de los magníficos textos con los que fuimos deleitados en ediciones precedentes, por ese selecto elenco compuesto por los veinticuatro oradores que me antecedieron, y que también fueron honrados con la misma consideración con la que nuestra bendita Hermandad lo está haciendo conmigo en esta singular jornada.

Para este cofrade sevillano, para este corazón cautivo por el amor a sus Sagrados Titulares, y por una Hermandad de Los Gitanos a la que aprendí a querer desde la cuna, abrazándome a ella a través de las sabias enseñanzas inculcadas por mi padre, y por el incondicional cariño que fue brotando, nacido desde el roce diario, por toda esa nómina de hermanos que, permanentemente se encontraron a mi lado durante todos estos benditos años.

Contrariamente a lo que expresó el poeta, la distancia, para este humilde pregonero nunca... jamás, significó el olvido, por lo que os puedo asegurar que, desde entonces y en todo momento, procuré mantener vivo los recuerdos de aquellos amigos con los que, en ocasiones me he vuelto a reencontrar, al trastear entre los antiguos álbumes de retratos en blanco y negro de mi época de juventud, con los que compartí esos incomparables momentos que nos fueron

sirviendo para forjar los primeros capítulos de nuestro parvulario cofrade.

No sería de bien nacido, dejar de mostrar mi reconocimiento hacia esos hermanos que, en periodos concretos de la vida, a causa de diferentes avatares, y tras ser señalados por el implacable dedo del destino, me fueron dejando huérfano de sus compañías al privarme de sus presencias, aunque siempre persistieron, siendo los avivadores de esa sutil llama del recuerdo, en la intimidad de lo más profundo de mi corazón.

Buenas gentes como Antonio Antúnez Barrera, Julio Cabrera Romano o Damián (Q.e.p.d.) y Antonio Contreras Morillo, han sido, además de singulares referentes como hermanos en Cristo de este que os habla, fieles baluartes en la génesis de esta Corporación, a la que aportaron parte del poso de su historia y el amor incondicional hacia nuestras benditas advocaciones, enarbolando orgullosos el santo y seña de unas maneras particularmente nuestras de vivir la fe cristiana, y donde gracias a ellos, y a otros muchos, siempre seréis los auténticos depositarios de la admiración y el respeto de vuestros hermanos de Sevilla.

Quiero haceros público mi orgullo y mi reconocimiento, por la estrecha vinculación que habéis seguido manteniendo con la Corporación de donde germinaron las simientes de vuestros benditos anhelos, consumándose también para mí esta noche, el sueño de poder llegar a pregonar la fe abrazada por los corazones de mis hermanos de Madrid.

Una Hermandad de los Gitanos, que lleva labrando su historia casi tres siglos, y que ha sido capaz de transfundir la pátina de sus singulares maneras, junto con el paladar emanado desde las raíces de este pueblo, alcanzando su aspiración de acercamiento a las orillas de la verdadera fuente de nuestra Salud, y al infalible bálsamo que reconforta a diario todas nuestras Angustias.

También, mi agradecimiento más sincero por la entrañable presentación con la que he sido obsequiado, a todas luces, más en consonancia con el cariño que Julio y yo nos profesamos mutuamente desde hace muchos años, que a la fiel realidad de sus afectuosas palabras.

Mi única pretensión desde este mismo instante consistirá, en que cuando llegue el momento a la cercanía del ocaso de esta oratoria, quedando lacradas para el recuerdo las hojas de mi pregón, haber conseguido liberar esos cautivos sentimientos que fueron repujados en la intimidad del alma de sus folios, anhelando tan solo poder verme favorecido por vuestra benevolencia y afecto, tras el osado atrevimiento con el que me he permitido manosear en la privacidad de los cajones de vuestros recuerdos, en la sensibilidad de vuestro fervor y en la generosidad de vuestra paciencia.

Por todo ello, y de antemano, os brindo de corazón el mayor de mis respetos y mi agradecimiento más sincero a todos los presentes.



LOS PARALELISMOS DE LA FE

Los paralelismos en la historia de nuestras dos Corporaciones, están destinados a mantener una íntima reciprocidad en su modo de vida que, las dotará a perpetuidad, de una unión imperecedera.

Esos mismos caminos que quedaron abrazados eternamente entre los hilvanes de unos railes infinitos, se han ido con el paso del tiempo diluyendo por los rincones de la memoria.

Por esa circunstancia, nunca debiéramos olvidar el amargo tránsito padecido por aquellos primeros colonos de nuestra fe que, aferrados al incierto futuro de sus comienzos, lograron poner distancia desde los desangelados suelos de los andenes de una estación sevillana.

Paralelismos que quedaron circunscritos entre los epicentros de partida de una recién estrenada estación de Santa Justa de aquellos años, hasta el momento de dar sus primeras pisadas por los andenes de la vieja Atocha, donde se fueron apeando medrosos, ilusionados y prestos a experimentar un cambio radical en sus vidas.

Todos aquellos que se subieron a esos vagones que cambiaron el tono azul de sus cielos, fueron capaces de mantener entre los rincones de sus almas, la firme convicción de custodiar la huella de sus recuerdos y los preceptos que condicionaron el transitar de sus vidas.

Paridades muy similares a las de aquellos primeros elegidos, esos forjadores de los cimientos de nuestra fe, que fueron arrimándose al calor de un incipiente sueño de Hermandad parida a mediados del siglo XVIII, donde gracias a la fortaleza de corazón de un puñado de

hombres y mujeres, que jamás se arrugaron ante aquellos periodos convulsos para un pueblo gitano que, a pesar de sentirse desnudos de hogares, de derechos y de tiempo, la gran mayoría de ellos seguían a diario dándole gracias a Dios, si entre la fatalidad de sus posibles, eran lo suficientemente afortunados de poder disfrutar, al menos, de cuatro paredes techadas donde cobijar su prole, de los rigores de un miserable jergón donde reposar sus huesos y de una cazuela con los imprescindibles avíos para cocinar un humilde potaje.

Con el transcurrir de los siglos, esas obligadas diásporas volvieron a reescribirse sobre la piel este viejo Madrid de principios de los noventa, con esos nuevos entornos abrazados por las regias siluetas de personajes nacidos al amparo de las nuevas generaciones que vieron las luces de nuestros tiempos.

Una nueva hornada de hombres y mujeres que, tan solo cargando con el peso de su fe y de sus responsabilidades familiares, soñaron con opositar a poder aferrarse a ese clavo ardiendo que, en muy escasas ocasiones les ofreciera la providencia, insuflándoles las fuerzas necesarias para vivir con la esperanza de unas almas ansiosas, soñadoras de conseguir el bienestar para sus familias, y que, arropados por la viveza de la llama de sus creencias, no quedasen desvanecidas entre los pueriles rescoldos un incierto destino.

Aquellas familias que se pusieron manos a la obra, entre las que con casi toda seguridad se encontrarán incluidas algunas de las hoy aquí presentes, nunca se resignaron a quedar difuminadas entre la soledad de sus dificultades y los oscurantismos de sus miedos.

En aquellos comienzos lucharon unidos para sacar a flote los profundos sentimientos nacidos desde las entrañas de sus raíces, apoyándose en la veracidad de la fe inculcada por sus mayores, para así, insuflar el hálito de vida necesario a esta bendita Corporación madrileña, a imagen y semejanza de lo que en la ya lejanía de sus adolescencias habían conocido hasta estos momentos.

Las familias de las diásporas, esas que lucharon hasta encontrar el valor añadido nacido desde su generosidad, y que se fueron aglutinado al abrigo del amor de sus dos benditas advocaciones, consiguieron atraer hasta sus plantas a todos los que, al amparo de sus cielos, decidieron cobijarse bajo el manto de su divina protección.

Analogías de nuestra historia que se van renovando a semejanza de la solera de un buen vino que, tras descansar un largo periodo en las entrañas de roble de un viejo bocoy, consigue la pretendida fusión con la nueva añada, transfundiendo su vigor y su nobleza en las almas de todos aquellos que fueron acogidos por esta bendita ciudad.

*Soledad en una estación
de andenes desangelados,
y rezos desde la distancia,
que en el alma hacen desgarros.*

*Relojes que marcan las horas
de partir hacia otros lados,
donde el tiempo y el destino
acumulen calendarios.*

*Volvamos a nuestros principios
a aquellos andenes de antaño,
y a trashumantes del sur
que Atocha acogió entre sus brazos.*

*El peso de gruesas maletas
con mil rezos susurrados,
de sustento, de familia,
de ilusión y de trabajo.*

*De encontrar nuevos amigos,
de compartir nuevos lazos,
de rezar con otras gentes
que arribaron de otros lados.*

*Y de una fe como la nuestra
en que poder apoyarnos,
rezando en esos momentos
que nos apremie el fracaso.*

*Los llegados a estas tierras
con su equipaje en la mano,
y esas mochilas del alma
que con ellos trasladaron.*

*No quisieron renunciar
a cimientos del pasado,
ni al bronce del color bronce,
ni a rostros aceitunados.*

*Ni al “morao” de un terciopelo,
ni a nuestra medalla y su encanto,
ni a un Viernes de Madrugada
con rezos de Miércoles Santo.*

*Y quisieron que sus ansias,
ansiosas por el desarraigo,
rompieran en la savia nueva
del viejo tronco del árbol.*

*Se anegaron los corazones
de aquellos que se acercaron,
al gran manantial de salud
que los cielos derramaron.*

*Además, se limpiaron las almas
de todos los que, a vuestro lado,
aliviaron sus angustias
con los rezos más gitanos.*

*Debéis custodiar con orgullo
lo que fuisteis heredando
de aquellos que, desde Triana,
forjaron sus almas rezando.*

*Rezando por la convivencia,
rezando por ser respetados,
rezando porque reconozcan
su cultura y su legado.*

*Rezando para que los suyos
de salud sean inundados,
rezando porque sus mayores
nunca falten de su lado.*

*Rezando por la familia,
y por un cielo azul rezando,
rezando por nuestro prójimo
ya sean payos o gitanos.*

*Rezando por tener las fuerzas
de seguir sobrellevando,
el dolor de esa distancia
por la que siempre rezamos.*

*Por eso, y por tantas cosas,
esta Hermandad sigue andando,
y sigue marcando el camino
con las huellas de sus actos.*

*Y en un Templo de esta ciudad,
aquí, a donde fueron llegando,
las almas venidas de fuera
que su “credo” iban buscando.*

*Asentaron sus costumbres,
sus alegrías y sus llantos
a las plantas de esa fe
que tan lejos encontraron.*

*Los hermanos de Madrid,
mis gentes de Los Gitanos,
hicieron realidad su sueño
rezando, siempre rezando.*



LA METAMORFOSIS DE NUESTRA COFRADÍA

Con un pasado curtido a base de persecuciones, de desarraigos, de sacrificios, de súplicas y de oraciones, la Hermandad de Los Gitanos consiguió mediante una constancia infinita, hacerse de un espacio propio en el tejido social, cultural y religioso de la ciudadanía y de la propia urbe.

Una etnia que cargaba a sus espaldas con los prejuicios de sus entornos, consiguió a base de perseverancia y de humildad, asentarse en los corazones de sus convecinos, asumiendo de buen grado, las reglas del juego que les imponían las circunstancias de la vida, pero manteniendo paralelamente a total perpetuidad, todas esas sabias enseñanzas que las tortuosas vías del destino fueron tallando en su singular naturaleza.

Todos ellos consiguieron mantener un estilo de conducta que en los orígenes, seguro les acarreó una gran infinidad de inconvenientes, pero que, en el presente de nuestra época, ha conseguido arraigar en una sociedad que, hoy por hoy, se enorgullece de ellas y las exporta con satisfacción al mundo entero.

Las benditas esencias de este pueblo, el mismo que consiguió llegar a asemejarse a esa furtiva gota de aceite desprendida y oculta a los ojos de todos, para hacerse poderosa y extensa en su entorno, consiguió sacar a la luz todos esos infinitos valores y esa singular sensibilidad con la que, el buen corazón de la etnia calé, nos ha ido seduciendo desde el principio de sus tiempos.

Nuestra Hermandad, como el orgulloso conjunto de hermanos en el que todos nos encontramos representados, actuó con las mismas directrices que les fueron inculcadas por aquellos nobles antepasados que consiguieron que esta se fuese abriendo a la ciudad, apuntalando ese respeto tan ansiado, y que era sustentado, basándose en la fe de sus propias creencias.

En el marco de nuestra historia, observamos sus primeras luces entre los techos de cañas y juncos de unos hogares de aromas a ciscos con alhucema, los rojos e incandescentes carbones, los pellizcos en el compás de las antiguas soleares, y los acompasados tañidos de los martillos sobre yunques de viejas fraguas, desde los corrales y los callejones de la vega de aquel añejo arrabal trianero.

Con tan solo propiciar el primer intento de darle oficialidad a la Corporación, se nos deniega el cobijo en el convento del Espíritu Santo, a causa de esos mismos prejuicios establecidos por los poderes fácticos del momento, poniendo siempre en entredicho, e intentando ningunear, la fe de los piadosos gitanos de aquella época, que se vieron obligados a encontrar su tan ansiado cobijo espiritual, bajo los techos de la capilla de una vetusta cárcel del Pópulo, donde la orden agustina nos otorgó la oportunidad de poder ir alcanzando, con el transcurrir de los años, el poso imprescindible para hacernos acreedores del respeto necesario entre los moradores de la ciudad.

Las feligresías de San Nicolás, San Esteban, Santa Catalina y San Román fueron el camino, -para Los Gitanos siempre la eternidad de esos caminos-, con los que, a través de unas benditas manos morenas donantes de vida, y un corazón fuente de esperanza y del amor de una madre celestial, mantuviesen la llama del fervor y el arraigo necesario hacia unas profundas raíces, enmarcadas estas, entre el amable paralelismo con que se abrazaron a los márgenes de un sendero de vida y que, durante infinidad de tiempo, nos condenó hacia una endémica y prolongada trashumancia, hasta que tras un inesperado cambio de sino en el momento que Ellos lo designaron, nos permitió,

una vez más, seducir el corazón de los vecinos de su nuevo y definitivo asentamiento.

Tuvimos que experimentar y afrontar grandes cambios marcados estos, por un destino que consiguió vaciar los cajones donde manteníamos guardadas nuestras ilusiones y empeños. Cambios que fueron producidos por los nuevos tiempos, por las actuales generaciones y por las corrientes de unas nuevas formas de vida.

El tiempo es ese río de la vida que fluye desde nuestro pasado y que nos aproxima a esas tendencias de futuro que solo tendrán una verdadera razón de ser, cuando estemos preparados para no volver la espalda a la realidad de nuestra propia historia, y así, en lo que nos reste de camino, conseguir evitar volver a tropezar como ya hicimos en tiempos pasados, abrazándonos a todo lo aprendido por esa incalculable ofrenda con la que hemos sido obsequiados por nuestro destino.

La Hermandad de Los Gitanos de Madrid también continuará siendo, como hasta ahora, el ejemplo de una Corporación actual y moderna abierta de par en par al futuro que nos aguarda y al que estamos destinados.

Seguirá incansablemente aportando el riego de amor necesario para que la fortaleza de sus raíces, consigan hacernos disfrutar del legado de su tradición, reafirmandose desde las íntimas esencias de su génesis y dirigiéndose, sin ningún rubor, hacia los horizontes que nos encaminarán hacia una Hermandad cristiana del siglo XXI.

Queridos hermanos de Los Gitanos de Madrid, estáis llamados a protagonizar los cambios esenciales para que nuestra fe, asentada en esta tierra, siga con el paso de los años firme y saludable, fuerte y viva.

Alejémonos de esos sentimientos rancios que solo pretenden que nos estanquemos en nuestra manera de servir a Dios como fieles

discípulos del Cristo Vivo, pero que a su vez, siempre guardemos el respeto imprescindible a todos esos legados con los que, durante tanto tiempo, hombres y mujeres de nuestra Corporación nos han ido modelando, para que las verdaderas esencias de la comunión entre estas dos razas, el sentimiento de amor hacia nuestros Sagrados Titulares y la predisposición de ayudar al prójimo más necesitado, marquen nuestro horizonte y la senda de esa Cruz de Guía que nos delimite el camino a lo largo de nuestras vidas.

*Como cambió mi Hermandad
con el paso de los años.
Qué orgullo habrán de sentir
aquellos antepasados
que hablaban de puente de barcas,
de la Cava y de Altozano.*

*Como ha cambiado el aspecto
de los nuevos besamanos.
Cuan diferentes los cultos
al comparar los retratos
en sepia o en blanco y negro
rescatados del pasado.*

*Cambiamos aquella salita
oculta tras aquel retablo.
Cambiamos nuestro San Román
que nos cobijó cien años.
Y cambiamos los aires trianeros
por aires de la Puerta Osario.*

*Cambiamos también nuestra torre,
galana por los cuatro costados,
por una altiva espadaña
que nos convoca a diario,
a rezar ante las plantas
de la fe de Los Gitanos.*

*También cambiamos la ojiva,
que más de un centenar de años
guardó las esencias de un pueblo,
recuerdos, que atesorados
por la pátina del tiempo,
seguiremos custodiando.*

*Incluso cambiamos la “rampla”
que poníamos en el suelo,
donde latían corazones
al ritmo del costalero,
asentando en sus espartos
el compás del sentimiento.*

*Cambiamos la barra del Uno.
De Parroquia a Santuario.
Cambiamos al Paso de Cristo
faroles por sus candelabros,
y cambiamos mantos lisos
al bordar de oro otros mantos.*

*Cambió el color de las túnicas,
y colas por capas cambiamos,
y cambiamos nuestra plaza
por otra plaza del barrio,
cambiando el vivir de “prestao”
por nuestro hogar añorado.*

*Cambiamos de Hermanos Mayores.
Los vestidores cambiamos.
Cambiamos costales a sueldo
por costaleros hermanos.
Cambiamos también los compases
que suenan detrás de los pasos.*

*Cambiamos nuestros Titulares
tras esos años nefastos,
donde el rencor y las llamas
nos hizo en el alma tal daño,
que huérfanos casi nos dejan
de la fe que profesamos.*

*Y cambiamos aún más cosas,
ya que todos los hermanos
que tuvieron que exiliarse
a otros sitios obligados,
aun les perdura en sus almas
el dolor de aquellos cambios.*

*Cambiasteis los cielos del sur
por los cielos castellanos,
el aroma a San Román
por las esencias del Prado,
o esta Parroquia del Carmen
por nuestro actual Santuario.*

*Y cambiasteis vuestras vidas,
y vuestras costumbres cambiaron,
cambiaron vuestros entornos
y vuestro lugar de trabajo,
y lunas de mil de madrugadas
por soles de Miércoles Santo.*

*Pero hay cosas desde el origen
que jamás hemos cambiado,
el orgullo en nuestras filas
de payos y de gitanos,
o de niños con varitas
que padres y abuelos portaron.*

*Tampoco nos cambió el orgullo
de nuestro corazón morado,
ni cambió su color bronce
ni el “moraito” en sus labios,
ni el son que marca su túnica
con los tientos caminando.*

*Y a la flamenca más guapa
tampoco le cambió el llanto,
ni le cambió su mirada,
ni la dulzura en sus manos,
ni el rubor de sus mejillas,
ni el carmesí de sus labios.*

*No cambió mi madrugada,
ni vuestro miércoles santo,
ni las ganas de ayudar
a un prójimo necesitado,
respetando las doctrinas
que nos fueron inculcando.*

*Se cambiaron muchas cosas,
y otras, que nunca cambiaron,
porque en Madrid o en Sevilla,
“Madrugá” o Miércoles Santo,
no cambió en nuestras entrañas
el sentimiento Gitano.*



CAPITULO V

APRESADOS POR EL MIÉRCOLES SANTO

Si queremos rendir honor a la verdad, es evidente que se cambiaron muchas cosas en el transcurrir de los siglos, es a todas luces ley de vida, pero no advertiremos demasiadas transformaciones en lo más profundo de nuestras entrañas, cuando llega el tan ansiado momento de la salida procesional, del día de nuestra cofradía en la calle, de nuestro día grande.

En esta bendita Real Villa de Madrid, cuando amanece el Miércoles Santo aporreándonos el alma para avisar que por fin llegó el gran día, los sentimientos que nos inundan, consiguen que comiencen a aflorar a borbotones emociones anegadas de responsabilidad, de inquietud y de satisfacción.

No es necesario explicar que aquí no tiene cabida alguna la discriminación de género, edad, raza o estatus social. Los corazones morados de la Hermandad de Los Gitanos tan solo bombearán alocados, henchidos de felicidad, al tener la oportunidad de volver a revivir y disfrutar de algo inexplicable, algo indescriptible, o simplemente algo sublime.

Volveremos a percibir antiguas sensaciones, esos aromas y sabores que lograrán trasladarnos de nuevo a descubrir el paladar de nuestra infancia y la candidez de aquellos días, que tan solo se revestían con la

pureza de corazón, consiguiendo que estas se perpetuasen, al menos una vez al año, para que podamos valorar el alcance que merecen esos instantes impagables en el discurrir de nuestras vidas.

Elevaremos de nuevo esa misma mirada suplicante hacia los cielos, en el instante que nuestros ojos se abran de par en par a una luminosa mañana de la recién estrenada primavera, para solicitar humildemente al Divino Hacedor, a ese que todo lo puede, la venia con la que desterrar toda posibilidad de inciertos sobresaltos en el alma, si por la tarde se tiñesen los cielos de plumizas nubes grises con presagios de borrascas.

Nos acicalaremos de nuevo con los vestidos más elegantes o con esos ternos oscuros, rematados por un sobrio conjunto de corbata y pañuelo contrastando con la radiante camisa bien planchada, como si ansiásemos transformarnos en ese novillero que, tras haber despuntado en los carteles, sueña en sus horas previas con la Gloria, de una gran tarde de alternativa.

Dispensaremos la tan ansiada visita matinal a nuestro templo, deteniéndonos en la entrada para ser ungidos con la imposición sobre nuestras solapas con el humilde lacito morado que, abrazado a nuestro escudo, nos dejará expedito el acceso ante la presencia de unos Titulares entronizados ya en sus pasos perfectamente ornamentados, indicándonos un año más, que “esto ya está aquí”, y que, “gracias a Dios, ya no hay vuelta atrás” para así comenzar a experimentar, una vez más, esas emociones infinitas.

Disfrutaremos de una jornada de reencuentros con nuestra gente de siempre, de abrazos y besos, de nervios y preocupaciones porque todo salga como Ellos merecen, exponiéndonos orgullosos al veredicto de la ciudad, regalándoles nuestra singular forma de procesionar, de querer y de rezar de la Hermandad de Los Gitanos.

Volveremos a deleitarnos con los prolegómenos de un mediodía en familia, donde volverán a escaparse efímeras lágrimas furtivas, al advertir los vacíos que nos dejaron en el alma, todos los que ya partieron y, sobre manera, a volver a dar las gracias por poder disfrutar, otro año más, de la oportunidad de dar apertura ese cajón de los recuerdos con los que nos fue regalando la vida.

Recuerdos infinitos que podremos evaluar de nuevo, desde la niñez más distante hasta la actualidad de nuestro presente, y que a través de los cuales, todos debiéramos disfrutar de la oportunidad, un nuevo Miércoles Santo, de poder paladear todos esos acontecimientos que en un corto espacio de tiempo se nos van a venir encima.

Que afortunados llegamos a ser, teniendo el privilegio de expresar con satisfacción nuestra pertenencia a la Hermandad de Los Gitanos, esa en la que todos estamos incluidos como uno más de sus miembros activos, pertenecientes a una gran familia por la que fuimos acogidos en su momento y, con la que hoy nos sentimos tan extremadamente orgullosos de nuestra pertenencia.

Por ese motivo, y al igual que en los principios fundamentados por el dogma emanado desde el misterio de la Santísima Trinidad, fiel baluarte de nuestra fe católica, el espíritu de estas dos Corporaciones, tanto la madrileña como la sevillana, quedarán unidas para el recuerdo de su indisoluble eternidad, como dos cofradías distintas pero una sola Hermandad verdadera, porque así lo dispusieron los dueños de nuestra fe.

*Nervios que abrazan a un barrio de entusiasmos desatados,
que ya despereza Madrid con luces de Miércoles Santo.*

*Con un azul en sus cielos de tonos aflamencados
y el sepia de piedras añejas de una parroquia de barrio.
El cosquilleo en las entrañas que en estas fechas notamos,
evocan aroma a familia y a raíces del legado
de aquellos que desde la Gloria también estarán disfrutando.*

*Se erizan aceras y esquinas, y los suelos adoquinados
se mueren por oír el compás del andar de Los Gitanos.
Sus túnicas como la nieve, sus treinta botones morados,
sus esbeltos capirotos, sus costales ajustados,
y sus niños con varitas o canastillas al brazo
donde rebosan estampas que sus madres colocaron,
que flanquean los caramelos que dan colorido al canasto.*

*Hoy todo es aroma a Hermandad y a fervor de viejo barrio.
Hoy desde el balcón de los cielos nos estarán observando
todos aquellos hermanos, aquellos que en el pasado
iniciaron los caminos por los que hoy caminamos.
Hoy habrá almuerzo en familia en las entrañas del barrio.
Hoy se impregna de fervor la tarde del Miércoles Santo
cuando se abran las puertas del templo de Los Gitanos.*

*Entre tanto, a mediodía, en la casa de la abuela,
se van desbordando los nervios cuando la hora se acerca.
Varias túnicas inertes cuelgan de un riel de madera,
antifaces en la cama, y alrededor, a su vera,
guantes, costales y fajas, medallas y sudaderas,
cíngulos, zapatos, hebillas y alpargatas costaleras,
que arraigan las tradiciones de una familia flamenca.*

*Nubes de incienso que trepan por una vieja alacena
cuajada de fotos que avalan, las batallas de mil guerras.
Dos marcos con los Titulares lo flanquean flores de cera.
A los lados, retratos de nazarenos, o de una jura de Reglas,
o de la procesión del Corpus, o al portar la parihuela
que lleva al Señor hasta el paso un Viacrucis de Cuaresma.
Los retratos de una vida con la fe de nuestra tierra.*

*La mesa del comedor es la tentación perfecta.
Hay bacalao con tomate, de puchero las croquetas,
una sopera humeante en la esquina de la mesa
donde se advierten aromas de un buen potaje de berzas.
Y unos dulces preparados por las manos de la abuela
donde pestiños, torrijas y pastelillos de almendra
nos endulzarán el alma y al cuerpo le infundirán fuerzas.*

*La abuela, lidiando a sus años con esa carita de reina,
dichosa en un día como el hoy, disfrutando de la espera,
al ver que nadie la mira, y tras una ojeada discreta
vuelve la cara hacia un marco de aquella vieja alacena,
donde vio unos o negros y la rizada cabellera
de un hombre de nazareno allá por los años sesenta,
una vez ya concluida su Estación de Penitencia.*

*Es la foto del abuelo, el forjador de la gesta
de inculcar a su familia con enseñanzas certeras
la pasión por sus raíces y el amor por esta tierra.
Que andaluces o gallegos, o de tierras extremeñas,
aragoneses o vascos, o de la comunidad que fueran,
les permitió hospitalaria esta villa madrileña
que la fe del pueblo gitano echase raíces en ella.*

*También, animó a su familia a seguir la buena senda,
esa que todo cristiano con su vida fundamenta
formándonos para ser mejores en lo que al alma respecta.
Ayudando a esos hermanos a los que la vida atormenta,
dando gracias al Señor por esa salud que nos presta,
implorándole a su Madre que las angustias no hieran,
y la fe de Los Gitanos persevere en esta tierra.*

*Y cuando llega la hora de partir hacia la iglesia,
la reina de la familia, la abuela, junto a la puerta,
va despidiendo a su prole, uno a uno, con presteza.
Con un beso a los mayores, y las caricias más tiernas
las regala a los pequeños al salir a la escalera,
colmando el rellano de amor, que solo al ser madre o abuela
serás capaz de expresar lo que el corazón expresa.*

*Se erizan los vellos del alma cuando ella cierra la puerta
quedándose en soledad, aunque sola no se queda,
que la acompañaran recuerdos de Estación de Penitencia,
de tardes cosiendo botones, de dobladillos y telas,
de papeletas de sitio en las noches de Cuaresma,
del ensayar de costales, de lunas de primaveras,
y filas de nazarenos de la Hermandad más flamenca.*

*Ella se siente dichosa y con una vida plena,
contemplando a su familia cofrade de pura cepa,
donde cunas andaluzas y raíces madrileñas
dieron sentido a una vida anegando las esencias
que inculcó a su dinastía, desde esos años sesenta,
aquel hombre del retrato que desde la vieja alacena
vestido de Los Gitanos, en su compañía se queda.*



CAPITULO VI

YA SIEMPRE SERÉIS MI FAMILIA

Ya podemos adivinar en el horizonte, el ocaso que pondrá fin a todo este aluvión de recuerdos y sentimientos que se han ido derramando desde vuestro bendito atril, del que el profundo aroma de sus nobles maderas quedará perpetuado eternamente entre los poros de mi corazón cofrade.

En este momento en el que está a punto de cerrarse el costurero de las ideas, con el que toda esta infinidad de vivencias, hilvanadas desde la memoria y cogidas con alfileres, han ido dejando expuestas gran parte de los pasajes del tratado de toda una vida que, casi a hurtadillas, se han ido filtrando sin remedio entre las grietas de los años, y que, tan solo las hemos podido advertir, con la sigilosa aparición de las nieves sobre nuestras sienes, esas mismas que se fueron multiplicando de un modo furtivo, cada vez que posábamos impasibles ante el espejo de nuestra propia vida.

Desde aquel día en que un leonés, doctorado por el Altísimo con el título de “persona de bien”, partiera a lucir el gallardo aire de su túnica por la Carrera Oficial de la Gloria, dejando tras de sí la siembra de su generosa cosecha en el corazón de una descendencia de la que afloró el mejor fruto de amor hacia nuestros Titulares, he podido ir atesorando desde el ovillo de la memoria, esos íntimos sorbitos, que nuestra Corporación me fue regalando a manos llenas y de los que no quisiera olvidarme ni del menor de los vividos.

Tiempos de infancia, de una pequeña varita de plata entre unas manos inocentes y la suavidad del terciopelo de un antifaz remangado hasta las sienes.

De rostro y manos heladas a la espera de la aparición de los destellos de una dorada Cruz de Guía asomándose impasible desde las profundas tinieblas de las naves catedralicias al desperezo de la amanecida en la Puerta de los Palos.

De la música nacida en la trasera de un palio que se alejaba lento, dispuesto a repatriarse hacia las lindes de un arrabal apostado a la falda de la cornisa aljarafeña, allende los márgenes de un río y que, por esos extraños vericuetos de la historia, fueron también la cuna de nuestro propio nacimiento.

Épocas de adolescencia, de tiempos arropados por el ímpetu de un Grupo Joven donde, en todo momento, nuestros mayores nos hicieron sentirnos importantes, y donde íbamos alimentando las futuras aspiraciones de posibles sucesores a la continuidad de nuestra historia.

Etapas de pubertad adornadas por los primeros amores adolescentes, de manos tiznadas por los tintes de fuchinas de colores, trapos viejos, gasolinás y serrines, tutelados por los antiguos patriarcas de la priestía, catedráticos curtidos en conferir vida a yacentes tablones de rancias maderas mil veces apuntilladas.

Noctámbulos traslados de carros cargados con labradas orfebrerías que vagaban itinerantes al frescor de los aromas de suaves brisas cuaresmales, recayendo de nuevo en íntimas noches de peregrinajes disfrazados por la oscuridad de las calles del barrio, trasegando nuestras ilusiones desde Dueñas a San Román.

Regios palermos de maderas enmascarados por los púrpuras y los blancos de pinturas al aguarrás, rematados con un metálico tacón sonoro con los que, al asirlos entre nuestras manos, llegar a sentirnos transfigurados en maletillas accidentales a la sombra de los veteranos primeros espadas de la organización de la cofradía en la calle.

Momentos de felicidad tampoco faltaron en el transcurrir de esos tiempos, donde los grandes deseos de nuestras vidas, formaron una extensa cadena cuyos eslabones fueron dejando al aire todas nuestras esperanzas.

Entre otros, una Coronación Canónica donde la caridad brilló con más fulgor que el propio oro de la presea que le fue confeccionada a nuestra bendita Madre, con los jirones de retales del amor de todos sus hijos.

La cesión de un templo en ruinas, donde el gesto de nobleza del alba más noble, lo transfiguró para siempre en hogar definitivo, demostrándonos con su guiño de amor que, para conseguir acceder a todos esos lugares que verdaderamente merecen la pena en nuestras vidas, no es necesario la existencia de atajos pueriles.

Y un Viacrucis Cuaresmal, que cristianizó las calles de la ciudad en una infinita catequesis de cielos tintados por los bronces de tantas y tantas almas jubilosas, experimentando al día siguiente un súbito desconsuelo repentino, preludio del hiriente dolor de unos tiempos yermos de negras penas aparecidas entre las páginas de nuestras esperanzas, transformándonos en un pueblo doliente, a causa del azote maldito de una plaga que, sin previo aviso y sin piedad alguna, nos fustigó contagiando al mundo.

Entre tanto, hombres, mujeres, adolescentes y pequeños de nuestra Corporación manteniendo el tipo, consiguieron seguir marcando el compás de los latidos del corazón de nuestra Hermandad de Los Gitanos.

Todos esos momentos únicos, conforman las enseñanzas recibidas por los hermanos de esta Corporación, siendo necesario tener en cuenta que, esos mismos preceptos, comenzarán a perpetuarse en la memoria mediante las sabias palabras de nuestros mayores, emanadas

de los ecos de generaciones precedentes y en ningún momento desde la fina línea de la realidad de nuestro propio presente.

Hemos compartido enfados, besos y abrazos, encuentros y desencuentros, en definitiva, el auténtico escenario real de nuestras vidas que tan necesariamente ansiamos y al que, cuando todos unidos logramos otorgar un empuje positivo y uniforme, nos damos de bruces con el significado de la mayor de las palabras.

Familia.

La familia no precisa obligatoriamente la condición de ser perfecta en todo momento, pero sí, la necesidad de estar inexcusablemente unida, ya que la sangre solo se encuentra facultada a convertirnos en parientes, pero el amor verdadero, ese sí que nos concibe como una verdadera familia.

Por lo tanto, desde esta emotiva noche, vosotros ya sois para siempre parte de la mía, parte de mi vida y parte de los pulsos morados de mí corazón.

Esta noche he intentado que vosotros seáis el alma verdadera de un pregón en el que todos estamos llamados a ser designados como los verdaderos artistas principales, y en el que, sin duda alguna, todos nos encontramos incluidos.

Un pregón al que, seguramente esta noche, intentarán asomarse disimuladamente entre sus renglones infinidad de corazones morados, y al que tengo la seguridad, habrán descendido por un instante desde la Cofradía de la Gloria, para ser los auténticos protagonistas de honor de esta jornada de recuerdos, y así, a nuestro lado, poder seguir compartiendo con nosotros la totalidad de esos momentos transcendentales acaecidos en nuestras vidas.

Un Pregón que, en una bucólica tarde de las postrimerías del otoño comenzó a tomar cuerpo, tan solo pensando en vosotros, en esta nueva familia elegida por mí, y en el seno de nuestra Hermandad, de la que, en un día como el de hoy disfruto dando gracias a Dios, por haberme permitido qué, en una de las anónimas encrucijadas de los caminos de nuestras vidas, ya fuese bajo los cielos madrileños o los cielos sevillanos, aparecieseis ante mí para quedaros conmigo para siempre.

*Quisiera agradecer el gesto con el que me habéis obsequiado,
quisiera manifestaros cuan dichoso me he encontrado.
De “madrileñas maneras”, esas que habéis derrochado
como hacen los cofrades, poniendo sumo cuidado
en el mínimo detalle, como Dios tiene mandado,
distinguiendo al pregonero que os pregona en Los Gitanos.*

*Se han evocado Cuaresmas, la Cofradía, sus hermanos,
aquellos que ya partieron y los que nos hemos quedado.
También recordamos vivencias, miles de gozos y llantos
que la Hermandad, en nuestras vidas, nos ha ido regalando,
queriendo a todos plasmar, y que quedéis reflejados,
prestando la voz a mi gente, desde el atril más gitano.*

*Hoy, 29 de marzo, con este templo atestado,
después que templase mis nervios y haya sido presentado,
tras santiguarme a sus plantas quedándome solo a su lado,
quise pedirle una gracia, quizás, pecando de osado
a los dueños de mi alma, al del rostro aceitunado
y, a esa “batita” gitana, también Madre de los Payos.*

*Les supliqué, que mi prosa se transformase en el acto
en efluvios de la Cava donde vivían los gitanos.
Que a las líneas de mis versos se asemejasen los barcos
que, a más de dos siglos y medio, por el río navegando,
pintaron estelas trianeras en cauces de la Puerta Osario,
hasta fondear en Madrid, su puerto del extrarradio.*

*Que mis hojas de papel sean las calles de mi barrio.
Qué el timbre que entonó mi voz, sonara al alocado canto
del grito de los vencejos por sus plazas gorjeando.
Que la medida en el trazo, cuando lo fui redactando,
inmortalice añoranzas de torres, de campanarios,
y veletas besadas por brisas con frescos aromas de antaño.*

*Quisiera que mi Pregón, se convirtiera en el acto
en sombras de calle Socorro, de Sol, Peñuelas o San Marcos,
en el Uno y el tío Paula, en Remesal y en estanco,
en el arte del churrero y en pavías de bacalao,
en hogares con apuros que caminan de la mano
de grandes Palacios Ducales por alberos alfombrados.*

*Quise impregnaros de inciensos de esencias a canela y clavo,
de Eucaristía en los Terceros, de copa de cisco y de patios,
de la ojiva en mi Parroquia, de campanas repicando,
de espartos besando una “rampla” de costales hermanados,
de limonero de Dueñas y de esas monjitas rezando
al lado de Madre Angelita por todo el orbe cristiano.*

*De puntada en Santa Paula, del paladar de sus cantos,
del martilleo de las platas bruñidas por Seco Velasco.
De cielos de Matahacas por una pancarta cruzados
resucitando en Cuaresma la fe de nuestro viejo barrio.
Y de balcón en San Román con Mairena confesando
“Lo grande que es ser de Ti” al Señor de los Gitanos.*

*Intenté que oliese el pregón, a hinojo, a romero y a nardo,
a dulces de antiguos conventos por novicias amasados,
al calor de viejas fraguas, y a la enea de los canastos,
y a una moña de jazmines, y a macetas de geranios,
y al frescor que dan las sombras de un zaguán recién regado,
con esencias a buganvillas y azahares de naranjos.*

*Aspiré a que las palabras que brotaran de mis labios,
despierten en vuestras mentes sueños de escudos bordados,
del aire de túnicas blancas con sus botones morados,
del lustre de unas hebillas, de un antifaz bien planchado,
y el orgullo de familia sobre tu pecho brillando,
con esa medalla que advierta que somos de Los Gitanos.*

*A tiernos sueños de la infancia, a mi padre de la mano.
A velos en las parroquias, a zapatillas de paño.
A besos de nuestras abuelas con abrazos apretados.
A esencias de yerbabuena, de puchero y bacalao.
A camillas de alhucema, a alcanfor en los armarios.
A pestiños de escaparates, torrijas y huesos de santo.*

*Quise inundar vuestras mentes con fragancias del pasado,
al regusto de añejos recuerdos de bautizos en los patios,
al compás que marca un yunque por carceleras sonando,
a azules de Inmaculada en cielos inmaculados,
a inquietudes de borrascas, a ansias por besar sus manos,
a comidas de Hermandad, y a los Triduos y Quinarios.*

*A lacitos de solapas en un Domingo de Ramos,
a altares de insignias excelsos por sus priostes montados,
a esos ternos y corbatas con lutos de Jueves Santo,
a mantillas y rosarios luciendo el momento soñado
erizándonos el alma cuando llevamos del brazo,
a nuestras guapas mujeres por callejuelas del barrio.*

*No pretendo sentar cátedra con un pregón rebuscado,
no será el mejor escrito, tampoco el mejor pronunciado,
ni marcará pauta alguna, quizás, ni sea recordado.
Solo pretendo acordarme, bajo este techo sagrado,
de hermanos y feligreses que, con un cordón “morao”
y el brillar de sus medallas se sientan de los Gitanos.*

*Así, que daros las gracias, me he sentido muy honrado,
y quiero que valoréis igual que yo he valorado,
que la Cruz de Guía es la senda de esos méritos heredados.
La Hermandad, el alma del barrio donde nos hemos criado.
Los amigos, son insignias que tomamos de las manos,
y nuestros dos Titulares, la Gloria a que aspiramos.*

*Que este pregón nos desvele el alma del viejo barrio,
y el duende oculto en sus letras nos recuerden a diario
nuestra suerte por nacer bajo un cielo inmaculado.
Valoremos nuestra casa, sea Parroquia o Santuario,
donde mora el Señor de los bronce, el de rostro aceitunado,
y a la Virgen más flamenca que ha visto el pueblo cristiano.*

*Que se desborden de orgullo los corazones morados
viendo a gitanos y payos a la misma fe abrazados.
Sigamos honrando la historia y el alma de aquellos hermanos
que hicieron realidad el sueño de la fe que profesamos.
Y desde un barrio madrileño o desde un barrio sevillano
gitemos al mundo entero que somos de los Gitanos.*

He dicho

